

conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habian adquirido: que su corazon queda abierto á todos los vicios, y que si la ocasion se presentara, su espíritu daria entrada á todos los errores: que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman los asesinos y los salteadores, se multiplica, y que toda esta especie de pueblo tiene las peores costumbres. Os aseguro, señores, que esta idea me ha afligido mucho y muchas veces, y para consolarme no hallo otro recurso que acogerme á la bondad divina que gobierna el mundo, y que puede conducir á la felicidad eterna las almas que ha criado, por medios desconocidos á los hombres.

Pero ¿qué se puede esperar de cristianos que no lo son mas que de nombre, que no solo ignoran las pruebas de la verdad de su Religion, sino que apenas saben en qué consiste? ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas, que no son capaces de dar la menor razon de su fe? ¿Cómo podrán resistir á los sofismas de la incredulidad que tanto halagan á nuestra miserable corrupcion? Y si alguna vez se ponen en la ocasion de escuchar sus falaces y lisonjeros discursos, ¿qué se puede esperar de su ignorancia?

Aquí se nos avisó que la comida nos esperaba en la mesa; y aquí debo tambien advertirte, que nosotros interrumpimos al cura con diferentes reflexiones que omito por no ser de la mayor impor-

tancia; y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Despues de comer nos dijo otras muchas cosas de que te informaré en la primera que te escriba. A Dios por hoy, querido Antonio.

CARTA XL.

MARIANO A ANTONIO.

ANTONIO mio: desde que salimos de la mesa volvimos á enlazar la conversacion que dejamos interrumpida, y fué tan larga que duró hasta la noche. Ya comprendes que es imposible que yo te repita con exactitud todo lo que se dijo en aquellos largos discursos; pero como mi objeto es únicamente darte una idea de lo mas sustancial, dejando aparte todo lo que mi amigo y yo pudimos decir, procuraré resumirte lo que me parece mas importante, y que nos dijo el cura, el cual tenia mucha instruccion en estas materias.

Despues de algunos discursos vagos, nuestro digno pastor nos dijo: Señores, es increíble el extremo de ceguedad y malicia á que puede llegar

el corazón del hombre cuando no teniendo la instrucción necesaria de la Religión, se aleja de la única regla que le pudiera dirigir, y se entrega á las luces falaces de una razón obscura que le abandona al ímpetu de sus pasiones.

¿Quién puede dejar de conocer que la razón del hombre quedó tan obscurecida por la culpa de su primer origen que le lleva insensiblemente al error; su voluntad tan sin vigor, que se deja arrastrar de la falsa dulzura del vicio; y que necesita de todo su esfuerzo, sostenido por un auxilio superior, para resistir á las malas inclinaciones de una naturaleza depravada, y poderse encaminar á la verdad y á la virtud?

Estos sofistas, muy orgullosos de su propia razón, pretenden que ella sola basta para guiar al hombre en todo el laberinto de su vida. Dicen que teniendo esta antorcha que los gobierna, no necesitan de luz sobrenatural que los dirija. Pero que consulten la historia de todos los siglos y de todas las naciones, y verán que desde que soltaron este hilo que solo podía encaminarlos, cayeron en toda especie de los mas vergonzosos errores. Verán que no léjos de su primer origen, y casi al salir de las manos de Dios, cuando por su primera dispersion se vieron forzados á dividirse en diferentes poblaciones, abandonadas á su propia luz, perdieron la verdadera idea de la Divinidad.

Las naciones mas cultas, los filósofos mas sa-

bios se precipitaron en las idolatrías mas groseras. ¿Pero qué prueba mayor que la que nos presentan los incrédulos de nuestro siglo, estos hombres sectarios de una fatal filosofía que se ha extendido tanto en nuestros dias? No permita Dios que yo censure con la menor amargura á la filosofía sana y verdadera, que es tan digna de nuestra estimación, como la otra es el horror y el oprobio de la humanidad. Yo sé que la buena filosofía no es otra cosa que la investigación de la verdad, el amor de la sabiduría, y el buen uso de la razón que se esfuerza con su luz natural á conocer el mérito y las ventajas de la virtud.

Sé tambien que la filosofía cristiana no es otra cosa que este mismo estudio de la verdad, uniendo con las leyes naturales de la razón y la experiencia las sobrenaturales, elevadas por los motivos de la revelación; y que esta, con las altas esperanzas que le añade, aumenta sus estímulos y los hace mas vivos para consagrarse á todas las virtudes. No ignoro, digo, que esta divina filosofía es la continua ocupación de los justos, y fué el único estudio de los santos.

Hablo solo de aquella filosofía falsa y perversa que tanto se ha difundido en estos tiempos; de aquel arte pérfido y seductor con que ciertos hombres, por otra parte dotados de ingenio, han intentado á fuerza de calumnias y sofismas corromper la moral, desfigurar las virtudes, y han pre-

tendido desquiciar todos los principios de la fe: arte diabólico, digno de la perversidad de nuestros días, y que ha corrompido una parte numerosa de la generacion actual: sistema que ha lisonjeado á muchos disolutos, y que ha alucinado tantos ignorantes. Esta no deberá llamarse filosofia, sino sofistería; sus partidarios no son filósofos sino filosofistas, y con mas propiedad, sofistas, porque el sofisma es la única arma ó el único instrumento de que se sirven para multiplicar sus errores.

Desde el origen del mundo ha habido incrédulos, porque con él nacieron las pasiones. Jesucristo mismo nos anunció la necesidad de los escándalos; y cuando prometió su proteccion á la Iglesia, implícitamente la predijo que tendria enemigos y combates. Es claro que nunca mas se necesita del piloto, que cuando la nave fluctúa en la borrasca. Así, sin hablar de la dispersion de los hombres que fué causa del olvido de Dios y de la idolatria, apenas nació la Religion cristiana cuando ya se la contaban furiosos enemigos.

Todos los siglos y todas las naciones han tenido los suyos. Pero entonces los errores no podian ser muy contagiosos, porque no era tan fácil propagarlos. La imprenta no estaba descubierta. Los libros eran raros, y mas raros los lectores. Todo se terminaba en una disputa entre sabios, en un combate entre eruditos, y tanto el ataque como la defensa eran conocidos de pocos. Ademas de esto,

en aquel tiempo los hombres no se atrevian todavía á soltar todas las riendas, ni á quitarse todos los velos del pudor; y si hubiera habido temerarios de esta especie, no hubieran encontrado auditorio que escuchase sus errores sin indignacion.

Entonces la fragilidad podia arrastrar al vicio; pero la educacion y el ejemplo contenian en el dogma: los mas disolutos en las costumbres no lo eran siempre en los discursos: violaban los preceptos sin insultarlos, prevaricaban de la ley sin desconocerla, y en medio de su desórden y de sus extravíos, conservaban un secreto respeto al culto establecido, y á la esperanza de su conversion. Si algunos se atrevian á contristar la Iglesia, era con la máscara de la hipocresía: la tributaban un respeto exterior, y se cubrian con el pretexto de su defensa. Hasta Lutero y Calvino, lobos carnívoros que hicieron tanto estrago en el rebaño católico, se vistieron con la piel de corderos. No pretendian ser enemigos de la Iglesia, sino ántes aspiraban á parecer sus reformadores: protestaban no combatir contra ella, sino por ella.

Este estado de cosas duró hasta la mitad de este siglo; pero desde entonces la mayor comunicacion de las ideas entre los hombres por la facilidad que les daban el comercio y la imprenta, y al mismo tiempo un cierto grado de ilustracion en las artes y ciencias naturales, fueron la ocasion de que se propagara este contagio con rápida violencia. Ya Bai-

le en el siglo anterior, con pretexto de indagaciones y de dudas, habia dejado á los instruidos muchas semillas de pirronismo. Pero estas malélicas plantas no fueron cultivadas mas que por pocas manos de literatos; no pudieron difundirse entre los pueblos, ni en las gentes sencillas y ocupadas, que conservaban con fidelidad el depósito de la fe que les dejaron sus mayores.

Nuestra edad desgraciada es la que ha visto crecer como la espuma esta súbita subversion de las ideas, que debe su origen á los esfuerzos de la falaz filosofia. Al principio tímida y vergonzosa no se atrevió á descubrirse por entero, y sus primeros pasos fueron lentos, porque los daba con astucia y cautela; pero viendo que la novedad y la lisonja de sus doctrinas penetraban y pervertian muchos corazones, fué tomando aliento, se atrevió á multiplicar y á desenvolver sus máximas corruptoras; y viéndose en fin acompañada y aplaudida, abrió todas las puertas al error, y soltó todos sus diques para inundar al universo en sus delirios: se quitó la solapa con que se cubria, y emprendió trastornar todas las ideas de la Religion, la magestuosa dignidad de su culto, y la santa austeridad de su moral: erigió la impiedad en sistema, la corrupcion en principios. No contenta con seducir la fragilidad de los hombres, quiso tambien alucinar á su razon: se esforzó á desfigurar las virtudes y á deprimir las verdades: trabajó por arrancarlas del trono en que

la Religion las tenia, para sentar en él el vicio: osó mostrarse sin máscara, tomando con desvergüenza el inmundo aspecto de la impiedad; y hasta el asqueroso y demente Ateismo se atrevió á presentar con descaro su feo y denegrido rostro.

Yo ví algunos de estos tristes efectos en mis viajes. No puedo negar que encontré á cada paso personas muy religiosas, sobre todo en la edad proveya: que traté con curas excelentes, que tuve noticia de obispos ejemplares, y que ví mucha religion y mucho culto; pero tambien debo decir que no dejé de encontrar en mi camino mozos atrevidos, que sin mas experiencia que la que podia dárles su corta edad, ni otra instruccion que la de los libros disolutos y frívolos, hablaban del culto con desprecio, y de la Religion con desacato.

Con esta ocasion hago memoria del suceso que voy á referiros. Un dia entré en un café, y me senté por acaso junto á un jóven que estaba vestido con primor, y que hablaba de todo con un tono atrevido y satisfecho. Poco á poco se resbaló á hablar de la Religion; y acaso porque sospechó que yo era español, y porque nuestra nacion pasa por supersticiosa entre esos libertinos, se desató en improprios y mofas contra los objetos mas dignos de respeto, y todo esto lo decia dirigiéndose á mí. Yo no creí prudente entrar en lid con un mozo atrevido en un lugar público, y con un auditorio que estaria quizá mal dispuesto; pero no pude contenerme,

y despues de haberle escuchado con lástima, le dije:

Vos decis, señor, muchas y diferentes cosas; pero sin tener el honor de conoceros, apostaria que vuestros abuelos, y quizá vuestro padre mismo no las escucharian sin horror. Es bien extraño que los hombres mas ilustres, los Turenas, los Eugénios, y otros héroes que cubiertos de gloria sostenian al estado; que los Pascales, los Dagueseaux, y tantos millares de sabios que le instruian y gobernaban, fuesen tan simples que en medio de su gloria conservasen con respeto la fe que les dejaron sus mayores, y que vos con vuestros años sepais ya mas que los mayores sabios. Andad, señor; es menester haber vivido mucho y estudiado bien su Religion ántes de pronunciar contra ella opiniones tan atrevidas. El mozo me respondió no sé que fruslería, como burlándose de mi ignorancia, y haciendo una fisga nos volvió la espalda y se fué.

Yo quedé afligido considerando el triste estado de la Religion, cuando otro mozo que parecia distinguido, que tenia un aspecto muy decente, y que lo habia escuchado todo, se acercó á mí, y poniéndose á mi lado, me dijo: ¿Qué juicio haréis, señor extranjero, de este pais? Pero vos no debeis juzgar precisamente por un mozo sin cabeza, que no habrá tenido una educacion religiosa, que ahora está sometido al ímpetu de sus pasiones, y quizá en batalla con sus remordimientos está buscando en

la impiedad el modo de sosegar sus inquietudes.

Es verdad que esta manía es nueva, y que este modo tan atrevido de discurrir se ha multiplicado mucho en nuestros dias. Lo que habeis dicho á ese jóven insensato es cierto. Nuestros padres no hablaban ni pensaban así, y por una fatalidad deplorable el carácter que distingue el tiempo en que vivimos del pasado, es que el vicio ya no puede ni sabe separarse de la irreligion. ¿Y de qué causa proviene esta tan inmensa diferencia entre épocas tan vecinas? ¿Qué es lo que ha podido producir un trastorno tan espantoso en materias de la mayor importancia? Esto es, señor, lo que os debe sorprender mas.

Un hombre dotado de mucha imaginacion, pero devorado por una ambicion desenfadada de celebridad, y á quien circunstancias infelices pusieron en este camino detestable, alentado con el aplauso que le produjeron en su juventud algunas opiniones atrevidas, poco á poco fué creciendo en arrojo, y llegó al extremo de querer persuadir á su siglo que todo lo mas santo era una pura supersticion. El insensato, ceducido por la celebridad de algunos jóvenes libertinos ó de literatos corrompidos, se imaginó que lo podia conseguir, y se complació con la vanidad de ser el patriarca, y promotor del mas deplorable trastorno que pudiera padecer el universo; pues si hubiera podido propagar por la tierra sus caprichos de incredulidad, hubiera extermi-

nado todo gobierno, y hubiera reducido las naciones al desórden y la confusion.

La fecundidad de su imaginacion exaltada, y la fuerza prodigiosa de su ingenio debieran haberle hecho uno de los hombres mas útiles en las artes; pero su empeño bárbaro y absurdo le hizo degenerar en el mas pernicioso monstruo que han producido las edades. Su encarnizado furor contra los principios de la moral y de la Religion le han transformado en un monstruo maléfico, que ha cegado y corrompido todas las naciones.

Jamas hombre ninguno hizo tanto mal á los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la prevaricacion de tantas gentes, y este es la causa principal de los extravíos, impiedades y escándalos de nuestro siglo.

Yo quedé tan edificado como gozoso con el discurso de este mozo excelente, y dí gracias á Dios en mi corazon de que en medio de la inundacion general siempre se reserva su pueblo de escogidos. Allí deploramos el que una parte de la generacion actual estuviese ya contagiada de peste tan mortífera, y que tantos padres infestados ellos mismos, ó sumergidos en el golfo de sus ocupaciones ó placeres, descuidasen la educacion religiosa de sus hijos.

Allí nos doliamos tambien de la indolencia del gobierno de algunos paises en que se permitia á los sofistas publicar á rostro descubierto el secreto de

su iniquidad, dando lugar á que tanta juventud incanta y poco instruida se dejara arrastrar al precipicio con la lisonjera seducccion de su estilo, y la brillante osadía de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el clero, siendo él mismo tan instruido y tan celoso, no hubiese podido poner freno con una educacion mas sólida y fundamental, que hubiera preservado á nuestra edad de daño tan irraparable; y despues de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instruccion y su celo, nos separamos con promesa de vernos allí otras veces.

Tanto por sus noticias como por otras que recogí despues, supe que en efecto este infeliz Voltaire es el que mas ha contribuido á extender y dar vuelo á la incredulidad. Yo os diré en pocas palabras lo que pude saber de su persona. Este hombre por desgracia de su siglo nació con sobresaliente imaginacion; su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de la literatura y de las bellas artes.

Pero esta habilidad reconocida, solo pudo verificarse en objetos de puro agrado, en la poesía, en la diccion, en las ciencias amenas, ó en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con mas ingenio que juicio, con mas malignidad que buena fe, y en todo con pasion y sin amor á la verdad. En las ciencias exactas fué poco profundo, y en la mas importante de todas que es la de la felicidad eterna, no solo por vanidad cayó en los mayores

extravíos, sino que aspiró á ser gefé de secta, y arrastró consigo á gran número de sus contemporáneos.

Este hombre tan singular, de quien los perversos de los siglos futuros hablarán con asombro, pero de quien si se enmiendan, hablarán con horror, desde su niñez descubrió las centellas de un ingenio peregrino; pero tambien dejó entrever algunas chispas de su disposicion á la incredulidad. Tournemine, su maestro, varon sabio y religioso, predijo, y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó á la edad de veinte años, ya se pudieron brujulear algunos rasgos que espantaron por su novedad y su osadía. Los cuerdos gimieron; pero los libertinos lo celebraron.

Este aplauso insensato excitó su amor propio, y le inspiró el deseo de aumentarle á costa de la Religion; pero no era fácil dar entónces toda la rienda á su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavía hasta el punto á que ha llegado hoy. El mismo fué el que le acabó de corromper. Por lo que si entónces algunos jóvenes disolutos aplaudieron sus impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

Le fué pues preciso contener, aunque con pena, su natural inclinacion, y caminar á la celebridad con la rienda sujeta; pero sin abandonar tampoco

los intereses de su falsa gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dejó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunos principios del funesto sistema. Estas eran semillas que se iban derramando, que crecian en las tierras ya preparadas, y que eran mas fecundas porque salian dispersas en obras que aprobaba el buen gusto, y agradaban al ingenio.

Entónces estas obras no eran mas que tragedias, poesías fugitivas, libros de historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad; pero todas marcadas tambien con el sello de alguna doctrina impía, de alguna máxima contraria á la moral, ó de algun error propio á pervertir las costumbres. Y estos principios, aunque por entónces arrojados con embozo, y diseminados con parsimonia, no dejaban de ser peligrosos, y producir terribles efectos, porque eran sierpes venenosas que venian escondidas entre las flores del estilo, y entre las demas bellezas que adornaban la obra.

Es muy difícil resistir á la tentacion del propio natural, sobre todo cuando la sostienen el deseo y la esperanza de la celebridad. Así Voltaire, á pesar de los sentimientos de pudor que gobernaban á la parte sana de su nacion, á pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco á poco fué soltando las riendas, y se abandonó al ímpetu de su malignidad. Despues de algunos años de una sujecion tan violenta como pe-

nosa y forzada, se dejó dominar por su rabia, y multiplicó tanto en sus producciones posteriores los sarcasmos y las ironías contra la Religión, abusó tanto de su ingenio para desfigurar las verdades y corromper las costumbres, que al fin forzó al gobierno á que le mandase salir de su patria.

Entonces fué á Prusia, convidado por su rey el grande Federico. Este soberano tan instruido, tan político y tan ilustre general, tenía la desgracia de ser incrédulo, y la flaqueza de reunir y formar los placeres de su íntima sociedad con una tropa de literatos del mismo calibre, que hizo venir de diferentes estados de la Europa. Allí se hallaban congregados Maupertuis, Lametrie, Dargens y otros muchos, que se habian hecho famosos por esta especie de escritos que brillan con aquella ciencia que hincha, y con el orgullo que embriaga.

El rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus dias laboriosos. Voltaire vino á aumentar el número de los sofistas cortesanos, y encontró la acogida que le prometia su reputacion; pero le duró poco. Lo que le ganaban de léjos sus escritos, le hacian perder de cerca su carácter envidioso, y su genio maligno. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba á dominar á todos, su ambicion quiso gobernar á un monarca que no se dejaba gobernar. Pretendió sojuzgar á literatos que no le cedian en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su hu-

mor muy irritable no supo esconder ni su disgusto ni su enfado.

Se le acusó de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo soberano que le protegía, con la doble iniquidad de haberla divulgado, atribuyéndola á Maupertuis, primer objeto de su envidia, y con el fin de hacerle perder el afecto del rey. Este no se dejó engañar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo prometió á Voltaire eterno olvido, si queria confesarle la verdad; pero Voltaire tenaz y no arrepentido, lo negó con obstinacion. Y habiendo despues adquirido el rey pruebas evidentes de la inocencia del uno, y de la malignidad del otro, conoció que habia abrigado en su seno una serpiente, y le arrojó de su corte y de sus estados.

Entonces fué á buscar un asilo en la libre y pervertida Ginebra, tierra infeliz, que estaba ya entregada al error, y es el centro y hogar de la heregía. Lo que hay de singular es, que esta misma ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia, su primera madre, que la ha negado su antigua obediencia, que es el refugio y la capital del Calvinismo, que tiene sus puertas abiertas á todos los desertores del culto, y á cuantos transfugas huyen de la severidad de la disciplina católica, se llenó de terror cuando supo que Voltaire, como los otros, iba á buscar un abrigo en su seno. Dudó mucho si se le concederia ó no: tenia razon en temerlo, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto, desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas á su mano, y dar ensanches á su iniquidad, se quitó la mordaza que el respeto y el temor le habian puesto, y cual tigre que se mira libre de las cadenas que le oprimen, se arrojó feroz sobre su pluma, y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos, y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos perdieron aquel barniz de moderacion forzada en que los habia contenido el temor. El veneno que hasta allí habia derramado por gotas, le vertió á manos llenas, y le transformó en un torrente de iniquidades, y en un diluvio de horrores. Desde entónces nada respetó, ni leyes, ni moral, ni gobierno, ni Religion.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz multiplicaba cada año los libros con que infestaba al público. Todas eran ó producciones asquerosas y oscuras con que ofendia groseramente la decencia de las costumbres, ó sátiras insolentes contra los gobiernos establecidos, ó historias infieles en que con arte pérfido alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color á la malignidad de las intenciones, ó en fin poesías y otras obras ligeras; pero todas traian el carácter de la bestia, en todas se veia un infatigable y pérfido conato de hacer odiosa la Iglesia, y ridícula la Religion. Sus primeras obras le habian procurado la celebridad de los corazones corrompidos, y se veia que trabajaba en aumen-

tarla con las posteriores á fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso afan. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salian las flechas emponzoñadas con que esparcia su mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada produccion de su orgulloso ingenio le acarrea nuevos aplausos de la gente perdida, y era el estímulo de otra nueva y mas escandalosa que le merecia otros mayores. Así, con una deplorable progresion cada cual venia con un nuevo grado de malignidad y desvergüenza, y las últimas llegaron á un extremo de depravacion, adonde nunca habian podido llegar ni el corazon mas licencioso ni la razon mas pervertida.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acreditar sus propias opiniones. Tampoco era la propension innata del orgullo que aspira á dominar los ánimos en la propagacion de sus ideas, y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que aborrece al enemigo que persigue; el encono de la atrocidad de la venganza, que no sosiega hasta ver por tierra al odiado objeto de sus iras; y en fin, el esfuerzo de una cólera ciega, que con implacable furor no se satisface sino con la ruina total de su contrario.

Todas estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma, y todas eran

subversivas y enemigas de cuantas máximas de buenas costumbres ha dictado la moral, y de cuantas leyes en el gobierno político ha dictado la razón; pero sobre todo se descubria en ellas un odio feroz y encarnizado contra la Religión, una incesante y rabiosa detraccion contra la Iglesia y sus ministros, una antipatía sin término contra el culto público, y el malvado conato de arrancarle, si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del interes, y eran recibidas con ansia por el libertinagé que halagaban, y por la curiosidad que divertian. El veneno era mortífero y sutil; pero la taza era dorada. Jamas hombre poseyó en tan alto grado los primores del estilo y los adornos de la elocuencia. Jamas otro manejó con tanto artificio las flechas de la burla, y la alevosa saeta de la ironía; ni nadie supo jamas usar con agudeza tan sutil, del punzante y traidor esfuerzo de la sátira para transformar en ridículos los objetos mas dignos de respeto.

Este arte deplorable le sirvió con ventaja para hacer pasar á muchos corazones el tósigo fatal de sus doctrinas. Por entre la clara brillantez de su estilo y la chistosa amenidad de su expresion se resbalaban los principios mas impíos, y los corazones incautos los bebían, bien hallados con opiniones que al parecer desahogaban sus conciencias, y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud pre-

suntuosa los adoptaba con placer; la inexperta se dejaba seducir, y la modesta y tímida ignorancia se espantaba con la novedad, se aterraba con la avilantez, pero no la sabia contrastar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el aprecio conveniente á sus obras puramente literarias, veían con horror las impuras, y detestaban las impías. Por desgracia estas eran las mas, y en algunas, que eran como un prodigio de delirios, habia acumulado todos los principios destructores. No se podia esconder á las luces de los verdaderos sabios, que todas aquellas novedades peligrosas no eran mas que un conjunto de sofismas; que todos sus sistemas no eran mas que una máquina artificiosa, entretejida con hilos muy resplandecientes, pero tan débiles y fútiles que no era necesario mucho esfuerzo para deshacerla; pues toda era una telaraña brillante que no podia resistir al menor soplo de la discusion.

Pero deploraban el estrago que podían producir en los que no tenían bastante instruccion para discernir el artificio, y reconocer su flaqueza. Estos sabios observaban que Voltaire no habia hecho otra cosa, que reproducir en este siglo las objeciones contra la Religión, que desde los primeros tiempos hicieron los incrédulos. Objeciones que los herederos de sus sectas han repetido con mala fe en los siguientes, olvidando las respuestas victoriosas que les dieron los primeros Padres, como en nuestro

tiempo las olvidaba Voltaire. Que así todo el trabajo de este se reducía á renovar los antiguos sofismas, sin poner de su parte mas que el arte capcioso y la sofistería con que lo sabian revestir sus pérfidos talentos.

Observaron tambien que la rabia astuta de Voltaire no necesitaba de otro estudio que el de los largos voluminosos catálogos, en que los mismos católicos, con el título de antinomias, exponen las dificultades ó contradicciones aparentes de la Religion y de las santas Escrituras en que estriban; y que copiándolos, sin añadir mas que las invectivas que le sugería su animosidad, procuraba con ellas formar toda su larga lista de argumentos. Al mismo tiempo vieron que si tomó el afán de repetirlos, tuvo la astucia de callar las soluciones con que los mismos que las proponen las deshacen; y no pudieron dejar de ver en esta conducta ó mucha ignorancia, ó lo que es mas verosímil, una mala fe muy artificiosa.

Por otra parte, á pesar de los falsos resplandores con que deslumbra á los ojos alucinados la mayor parte de sus obras, la perspicacia de los sabios no pudo dejar de ver los muchos errores en que abundan, aun prescindiendo de la Religion; pues estan á la vista los títulos infames que merece por el mismo carácter con que le presentan sus escritos. Desde luego aparece como un poeta obscuro y lúbrico, corruptor de las buenas costumbres, y vil pa-

negirista del vicio, de la licencia y del desórden.

Después de esto no se puede negar que es un historiador infiel, tan ligero y poco circunspecto que ni siquiera es exacto en las fechas, y mucho ménos en los sucesos; pues cuando no los inventa, los tuerce y acomoda á su sentido, vistiéndolos con mentidos colores, para dar valor á la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de cuanto respetan los mortales. Intérprete de mala fe; pues se esfuerza á darles el sentido que no tienen, y se sirve de cuanto le puede sugerir su funesta erudicion para torcerlo á su depravada inteligencia.

Calumniador de la Religion; pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene, y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia; pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y excesos populares que mas la afligen, como si ella los adoptara y promoviera. Calumniador de sus ministros; pues las mas veces sin pruebas, contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verosimilitud, los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo, y de todos los atentados de las pasiones.

Juez inicuo, que con una balanza desigual exalta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y deprime las cristianas; tanto canoniza

y celebra los paganos ilustres, como desprecia y escarnece los santos mas heroicos. En fin, infiel en los hechos, falaz en los discursos, pérfido en las intenciones, capcioso en los racionios, y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la mofa, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentido en todo con imprudente desvergüenza: ha mentido á su Dios, á su conciencia, á sus contemporáneos y á la posteridad.

Es fácil conjeturar lo que serán unos libros compuestos de tan malignos elementos. ¡Que conjunto de horrores, blasfemias y abominaciones deben contener volúmenes dictados por labios tan sacrilegos y con tan siniestras intenciones! A pesar de lo que llonjean el gusto, repugnan al honor, y excitan una involuntaria indignacion. En cada discurso, en cada página se ve estampada una impiedad que eriza, una máxima que relaja, una sátira que choca, una mentira maliciosa que indigna, y en todas se ve de bulto un insensato ardor de pervertir las almas y alejarlas de todo lo que es justo, santo y adorable; en una palabra, el improbo conato de hacer que todos abandonen su Dios, su Religion y su conciencia.

Es increíble el estrago que ha causado en todas las clases de la sociedad, y lo que hay de mas deplorable es, que este daño se ha extendido hasta las gentes de la mas baja especie de las naciones extrangeras; porque este hombre perverso tuvo el ta-

lento y la malignidad de tratar los asuntos mas sublimes y profundos con un estilo llano y perceptible, salpicándolo todo con chistes. Como allí abundan los cuentos agradables, los hechos que divierten, las ironías que agradan, las máximas que llonjean, y en fin, los sarcasmos y las calumnias que complacen tanto á la malignidad humana, supo hacer muy divertida su lectura.

Lo peor es que en algunos países ella es la mas comun, ó por decirlo mejor, la única de los lacayos, las criadas, los artesanos, y todas las personas de esta especie, que apénas pueden gustar de otra, y no saben dejar esta de la mano. Todos aprenden en ella á censurar la Religion, sus misterios y todas las virtudes cristianas y civiles; y ve aquí el medio con que ha conseguido desarraigar de todo corazón que no se ha defendido con su educacion ó con la gracia divina, todo sentimiento moral y toda idea religiosa.

Con esto solo ya podeis conjeturar cuánto ha debido cundir en nuestros dias este horrible contagio, y cómo ha podido extenderse desde la mas alta clase hasta la mas inferior, sin que ninguna ofreciese medios para resistir á la ilusion; porque la nobleza y las gentes mas bien educadas, no estando bien instruidas en los fundamentos de su fe, no podian adquirir mas que una ilustracion profana y superficial que no los dejaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querian tomarse el